

Funda sus juicios sobre los principios de misericordia; pero en el castigo de los delincuentes es estricto é imparcial.

Sus oídos están abiertos á las quejas de sus súbditos; refrena la mano de los opresores y los liberta de su tiranía. Por eso su pueblo lo mira como á un padre, con reverencia y amor; lo consideran como al guardián de todos los bienes que disfrutan.

El afecto que le demuestran engendra en su pecho el amor al bien público; asegurar la felicidad de su pueblo es el objeto de todos sus cuidados.

Ningún murmullo contra él se despierta en los corazones; las maquinaciones de sus enemigos no ponen en peligro sus Estados.

Sus súbditos son firmes y fieles á su causa y la defienden, como una muralla de bronce. El ejército de sus enemigos huye delante de ellos, como la paja ante el viento.

La seguridad y la paz bendicen las moradas de su pueblo, y la gloria y la fuerza rodean constantemente su trono.



LIBRO VI.
LOS DEBERES SOCIALES.

—*—
CAPITULO I.

BENEVOLENCIA.

Cuando consideres tus necesidades, cuando contemples tus imperfecciones, reconoce, ¡oh hombre! á quien te honró con la razón, te dotó con la palabra, y te colocó en la sociedad para recibir y conferir recíproca ayuda y para cumplir obligaciones mútuas.

Tu alimento y tus vestidos, la comodidad de tu habitación, la protección contra los daños, el goce de las comodidades y de los placeres de la vida, todo lo debes á la cooperación de los demás, y de ninguno de esos bienes podrías disfrutar sino en medio de la sociedad.

Es pues tu deber que seas benévolo para la humanidad, y es tu interes que los demás hombres te sean propicios.

Como la rosa produce perfumes por su propia naturaleza, asi el corazon del hombre benévolo produce buenas obras.

El goza del bienestar y tranquilidad de su propio pecho, y se regocija con la felicidad y prosperidad de su vecino.

No presta sus oidos à la calumnia; las faltas y las debilidades de los hombres apenan su corazon.

Su deseo es hacer el bien y para ello solicita las ocasiones; aliviando las desgracias de otro se encuentra satisfecho.

Con la elevacion de su mente comprende en sus deseos la felicidad de todos los hombres; y con la generosidad de su corazon procura realizarlos.



CAPITULO II.

JUSTICIA.

La paz de la sociedad depende de la justicia; la felicidad de los individuos del goce asegurado de todos sus bienes.

Contén pues siempre los deseos de tu corazon dentro de los límites de la moderacion, deja que el sentimiento de la justicia rija todos ellos.

No veas con malos ojos los bienes de tu vecino; no toques con tu mano su propiedad que debes ver como sagrada.

No permitas que la tentacion te seduzca, ni que alguna provocacion te invite à complicarte con nada que pueda poner en riesgo su existencia.

No difames nunca su carácter; no atestigües jamás contra él.

No induzcas à su sirviente para que lo engañe ó lo traicione; y no incites jamas à su esposa al pecado.

Seria un pesar para su corazon que tú no podrias mitigar; un daño à su vida que no expiaria ninguna reparacion.

En tus tratos con los hombres sé imparcial y justo; y obra con ellos siempre como quisieras que obraran contigo.

Sé fiel à la confianza que de tí se haga, y no engañes jamás à quien en ti la deposite; puedes estar cierto que à los

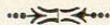
ojos de Dios es peor traicionar que robar.

No oprimas al pobre, ni defraudes su salario al trabajador.

Si vendes para lucrar, oye el murmullo de la conciencia y satisfáctete con moderación; no te aproveches de la ignorancia del comprador para obtener ventajas en tu provecho.

Paga lo que debas; porque quien te ha dispensado crédito confiaba en tu honor, y privarlo de lo que le debes es tan deshonesto como injusto.

Finalmente, ¡oh, hijo de la sociedad! interroga tu corazón; llama á los recuerdos en tu auxilio; y si encuentras que has delinquido en algunos de estos preceptos, aflíjete y avergüénzate y procura reparar el mal que hayas ocasionado hasta donde alcancen tus fuerzas.



CAPITULO III.
CARIDAD.

Dichoso el hombre que ha sembrado en su pecho las semillas de la benevolencia;

los frutos que produzcan serán la caridad y el amor.

Del fondo de su corazón brotarán ríos de bondad y sus corrientes se derramarán esparciendo beneficios en la humanidad.

Ayudará al pobre en sus dificultades; gozará procurando el bienestar de todos los hombres.

No censurará á su vecino; no dará crédito á los cuentos de la envidia y de la malevolencia, ni repetirá las difamaciones.

Perdonará las injurias de los hombres, borrándolas de su memoria; la venganza y la maldad no tendrán cabida en su corazón.

No devolverá mal por mal; no odiará ni aún á sus enemigos; el daño que le hagan lo vengará con amistosas amonestaciones.

Las penas y aflicciones de los demás exitarán su compasión; procurará aliviarles el peso de sus desgracias; y encontrará su recompensa en el goce de sus beneficios.

Calmará los furores y reconciliará las querellas de los hombres coléricos, y así impedirá las desgracias de la violencia y de la animosidad.

Promoverá á su derredor la paz y la buena voluntad, y su nombre será repetido entre alabanzas y bendiciones.



CAPITULO IV.

GRATITUD.

Como las ramas del árbol devuelven su sávia á las ramas de donde se desprenden; como el rio derrama sus corrientes en la mar, de donde se alimentan sus manantiales; así el corazón del hombre agradecido se deleita en devolver los beneficios recibidos.

Reconoce sus obligaciones con alegría; mira á su bienhechor con amor y estimación.

Y si no está en aptitud de corresponderle, alimenta la memoria de ello en su pecho con satisfacción y jamás la olvida al traves de sus dias.

La mano del hombre generoso se asemeja á las nubes del cielo, que caen sobre los frutos de la tierra, las yerbas y las flores; el corazón del ingrato es como el desierto de arena, que absorbe con voracidad los torrentes de lluvia que sobre él caen, sumerjiendose en su seno sin producir nada.

No envidies á tu bienhechor ni trates de ocultar los beneficios que le debas; porque aunque sea mejor hacer el bien que recibirlo, aunque el acto de generosidad exige la admiración, la humildad de la gratitud enternece el corazón y es grata á los ojos de Dios y de los hombres.

Pero no recibas un favor del orgulloso; no hay obligaciones respecto del egoista y del avariento; la vanidad del orgullo te expondrá á la vergüenza; la avidez de la avaricia nunca quedará satisfecha.



CAPITULO V.

SINCERIDAD.

¡Oh tú, que estás enamorado de las Bellezas de la Verdad, y que has fijado tu

corazon en la sencillez de sus encantos, consérvale tu fidelidad y no la abandones! la constancia de tu virtud te coronará con honor.

La lengua del hombre sincero tiene sus raices en el corazon; la hipocresia y el engaño no dictan sus palabras.

Se ruborizaria y confundiria con la falsedad; pero hablando la verdad su mirada es serena.

Sostiene como nn hombre la dignidad de su carácter; desdeña inclinarse ante los finjimientos de la hipocresia.

Es consecuente consigo mismo; nunca se siente embarazado; tiene valor en la verdad, pero temeria mentir.

Está muy por encima de la mezquindad del disimulo; las palabras de su boca son los pensamientos de su corazon.

Sin embargo, abre sus labios con prudencia y precaucion; estudia lo que es recto y habla con discrecion.

Aconseja al amigo; reprocha con libertad, y lo que promete lo cumple.

Pero el hipócrita oculta su corazon en

su seno. Disfraza sus palabras con la apariencia de la verdad, mientras la ocupacion de su vida es el engaño.

Rie con el pesar; llora con la alegria, y las palabras que pronuncia no tienen interpretacion.

Trabaja en la oscuridad como el topo, y se imagina que está á salvo; pero pierde el tino ante la luz y se expone á plena vista con el cieno sobre su cabeza.

Pasa sus dias en perpetuo finjimiento; su corazon nunca está de acuerdo.

Procura que se le tenga por un hombre recto y se complace á si mismo con los pensamientos de su astucia.

¡Oh pobre insensato! El trabajo que te tomas para disimular lo que eres, es mayor que el que tendrias para ser lo que deseas parecer; las gentes de buen discernimiento se reirán de tu astucia y cuando caiga tu disfraz, el dedo de la Burla te señalará con desprecio.





LIBRO VII.

RELIGION.

No hay mas que un solo Dios, el Autor, el Creador, el Regulador del Mundo, el Todopoderoso, Eterno é Incomprensible.

El Sol no es Dios, sino su mas noble imagen. Ilumina el mundo con su esplendor; su calor dá vida á los frutos de la tierra; admiralo como su hechura, el instrumento de Dios; pero no lo adores.

Solo corresponden el culto, la adoracion, las acciones de gracias y las alabanzas á Aquel Ser Supremo, el mas sabio y el mas benéfico.

El ha extendido los cielos con su